

Año 8
Número 8
Invierno 2022

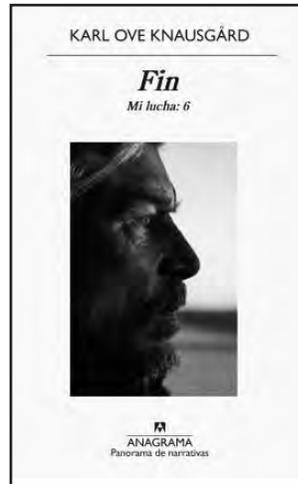
RPS
Revista de Políticas Sociales

RESEÑAS

Reseña Bibliográfica

Alexis Burgos
 Director General de
 Gestión Académica
 Universidad Nacional de
 Moreno

Sobre la traducción completa de *Mi lucha*, de Karl Ove Knausgård



Mi lucha
 Karl Ove Knausgård
 Anagrama, 2012-2019, seis tomos

1

La historia es esta: entre 2009 y 2011, a los treinta y pico y, si se me permite la simplificación, luego de dedicarse de lleno -bajo la indicación de su mujer y al amparo de las leyes nórdicas- a paternar, el noruego Karl Ove Knausgård sintió que ya no podía ser escritor. Para -de nuevo, estoy simplificando- escapar a tamaña imposibilidad decidió escribir en cerca de 4000 páginas su autobiografía, cosa que hizo en dos años literalmente entre gallos y medianoche: antes de que la familia, los chicos, se despertaran; cuando estaban en el jardín; cuando se iban a dormir.

El relato se escribió en seis tomos y tomó un nombre cuyo intertexto puede resultar gracioso a 75 años y en Argentina, más quizás no lo resulta tanto siquiera en la Noruega contemporánea: *Mi lucha*. Cada tomo, por cierto, tiene un título propio. El primero se llama “La muerte del padre” y, el último, “Fin”. Hay un tomo sobre la niñez del autor (“La

isla de la infancia”), otro sobre los años locos (“Bailando en la oscuridad”), uno respecto del paso a la adultez (“Tiene que llover”) y también está el tomo II, “Un hombre enamorado”, pero al menos por ahora en ese caso prefiero no simplificar.

Mi lucha, la de Knausgård, es por encontrar su lugar en el mundo en un universo de problemas ciertamente psi que cualquier argentino universitario y progresista resolvería en el diván de un analista. Pero él es noruego.

2

La discusión por la verdad en *Mi lucha*, cuyo último tomo traducido al español Anagrama publicó en junio de 2019 y cuesta \$2850, está saldada desde un comienzo. No solo el verosímil es el de un relato documental, sino que además la preocupación metadiscursiva central es en relación con el qué dirán. Qué dirán cuando se publique cada tomo del libro. No cualquier qué, no cualquier agente: la familia y los amigos cuyos nombres e historias aparecen as is a lo largo de toda la obra.

Es decir, vamos a leer las miserias de Knausgård, de su ser-padre, de su padre -el autor insiste en decir que la novela, vamos, es sobre su padre- de su esposa-también-escritora-y-maniacodepresiva (¡imagínense!), de sus tres hijos, de su suegra, de su madre, de todos los primos y tíos, del segundo cordón de la familia, de su ex, de sus amigos actuales y de los de la infancia; por supuesto de su hermano: de todos. La estrategia de curación no es mala, digamos.

Por si a alguien le resultara insuficiente, la primera parte del tomo VI (“Octava parte”, se llama) incluye un relato pormenorizado de cuán en riesgo estuvo la publicación y la estructura del relato en función de los infinitos enojos del tío Gunnar, que lleva el estandarte de los ofendidos por la publicación. El apartado es particularmente interesante para aprendices de escritores e incluye una clase de coordinación editorial respecto de cómo se consiguió la publicación a pesar de las quejas judicializadas de los que se sintieron perjudicados al sacar a la venta el producto. Porque estamos en el siglo XXI evitaremos los avances, pero

cabe decir que aunque de forma sutil el amor triunfa y sobre el final de la obra se deja de lado tanto cuidado. Ojalá Karl Ove y el tío Gunnar hayan podido volver a mirarse a los ojos.

3

“Un hombre enamorado”, el tomo II, es un relato impactante. No por la cadencia, no por la acción. No es, digamos, 1Q84 de Haruki Murakami, o Era el cielo de Sergio Bizzio. Es monocorde, lento. Opresivo. Pero interpela, incomoda, asfixia.

“Un hombre enamorado” cuenta la historia de un tipo que se casó con la más linda de su clase pero que luego conoció a una mujer de la que se enamoró, por la que se separó, a la que le fue infiel y con la que decidieron tener tres hijos. Los tuvo, pero entonces no le quedó más opción que - ¡ay, la vanguardia del estado de bienestar! - tomarse él la licencia para el cuidado de los niños y convertirse en el responsable de la limpieza de los baños de la guardería infantil comunitaria.

“Un hombre enamorado” cuenta la historia de una persona que no puede creer cómo eso con lo que tanto había fantaseado -lo de siempre, lo normal: la esposa, los hijos, la casa con jardín- se traduce, en el plano de lo real, en hastío y pulsión de muerte. ¿Pulsión de muerte? En rigor de verdad, no. Si usted, querido lector, hubiese podido hacer lo que hizo Knausgard en “Un hombre enamorado” se hubiese ahorrado muchísimo dinero en analistas. Piénselo. Para colmo de males, usted y yo nos separamos también. Spoiler alert: después de que le dieran el alta en el hospital psiquiátrico, la mujer de Knausgard y él se van a vivir a la campiña. Y hasta son felices, el hombre ya devenido jardinero. Piénselo, en serio.

4

¿Habrá todavía cuarentena en Noruega? Si la hubiera habido entre 2009 y 2011, el relato pormenorizado de cómo la familia Knausgard habría de haberla sobrellevado sería parte de *Mi lucha*.

5

“Fin” incluye, como componente central del relato, un ensayo de 472 páginas sobre la figura del joven Hitler. Y Knausgard, luego de compartir con el lector su interpretación de las biografías de, entre otros, August Kubizek (*Hitler, mi amigo de la infancia*), llega a la conclusión que usted quizás haya leído ya en Hanna Arendt: a las personas ha de juzgárseles por sus acciones, y no por quienes son o cuánto han sufrido. Dice Knausgard: a Hitler hemos de juzgarlo por la muerte de 6 millones de judíos, y no por lo que sufrió en su niñez de violencia y abandono o en su juventud de linyera, vagabundo y artista fracasado.

Y también incluye, “Fin”, un apartado escrito en clave historia del arte sobre la obra de Turner, el británico William Turner. En particular Knausgard lee *Dido construyendo Cartago*, un cuadro que está en la National Gallery de Londres (puede verse también en <https://www.um.es/cepoat/radio/wp-content/uploads/2016/11/Dido-construyendo-Cartago-William-Turner-1024x691.jpg>), y presta particular atención al rol de los niños que juegan abajo, en el borde inferior del cuadro, en la orilla de la playa, mientras todo en la escena huele a caos y atardecer brumoso; mientras Dido solloza (¿sollozará? Es imposible distinguir semejante nivel de detalle en la obra de Turner) a los pies del féretro de su marido, Siqueo. Algunas teorías indican que en la imagen puede verse a Eneas, a punto de subirse al barco y de iniciar el viaje que luego Dido habrá de reprocharle y como consecuencia del cual se quitará la vida; Knausgard asume que está allí y muestra total desinterés por el drama de la antigua pareja. Asume que lo que importa es el amor que viene, el de Dido y Eneas, el de la tragedia que se cargará, entre otras cosas, a la ciudad.

6

La experiencia de leer a Karl Ove Knausgard no se agota en “Fin”, y a la vez “Fin” no es en lo más mínimo una puerta de entrada a *Mi lucha*. Pero establece algún cierre, algún acuerdo que nos permite pensar que, al final de cuentas, la vida merece ser vivida. Y que es amor, si se me permite la cita y en última instancia, lo que salva. Amor en todas sus formas y familia en su versión más amorosa.

La tragedia y el fin, así las cosas, no son nunca el final de nada en *Mi lucha*, que -recordemos- arranca con “La muerte del padre”. Después de cada final, luego de cada noche, hay en Knausgard un nuevo amanecer. Y no es el final de nada. Es el comienzo.